



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

29 – Un remedio para camellos

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 29 – Un remedio para camellos



Ibrahim había perdido el conocimiento a causa del dolor producido por las heridas que, como recordaremos, se le habían abierto al dar un puñetazo a Saad, tras conocer la noticia de la boda de su ahijado, Kamel, y la pérdida de sus tres *jaznehs* de oro. Alertada por sus gritos, Fâtmeħ, la hermana de Ibrahim, se precipitó en la habitación, seguida al momento por La Canosa y por Hasan. Al ver a su hijo en aquel triste estado, el viejo capitán lo cogió en sus brazos, mientras su mujer y su hija le pasaban un paño mojado por la cara. Después de largos minutos, Ibrahim volvió en sí, balbuciendo:

– ¡Bienaventurados los que dicen: “No hay más dios que Dios y Muhammad es Su profeta”!

– ¡Ay, mi pobre hermano! –se lamentó Fâtmeħ– Pero, ¿qué te ha hecho Saad, para que dieras esos gritos? Ojalá pudiera yo dar mi vida por ti y no ver que tus enemigos se regocijan con tus desgracias.

– Déjalo, Fâtmeħ –suspiró el herido– Tengo que soportar con coraje la prueba que Dios me ha enviado. Saad no ha tenido la culpa: he gritado porque ya no aguanto más estar así, sin poder comer hasta saciarme, ni dormir en paz. Esto no acabará nunca; no veo progreso ni mejora.

– No tengas miedo, hermano mío –sollozó Fâtmeħ– soporta con valor esta prueba, y serás recompensado por ello, pues la constancia en la adversidad es la llave de la curación.

– Tienes razón, Fâtmeħ –suspiró Ibrahim–; pero ¡yo no puedo aguantar más encerrado entre las cuatro paredes de esta oscura habitación; sin ver la luz del sol, ni de la luna! Quiero que me lleves hasta el jardín: puede que el aire puro y el espectáculo de la naturaleza disipen mis oscuros pensamientos.

– ¡Pero, hermano mío, tus heridas corren el riesgo de agravarse al contacto con el aire! No puedo hacer algo así.

– Te conjuro por el Nombre Supremo de Dios –continuó Ibrahim– de que me lleves al jardín, o yo mismo pondré fin a mis días.

La joven, perpleja, se volvió hacia su padre.

– A fin de cuentas, ¿por qué no? –concedió éste– Vamos, Fâtmeḥ, échame una mano para trasladarle allí abajo: si Dios ha decretado que viva, vivirá; no será el aire fresco lo que le vaya a hacer daño. Y, de todos modos, si le sucede algo, nos quedaríamos toda nuestra vida con el remordimiento de haberle negado su último deseo.

Ayudado de La Canosa y de Fâtmeḥ, Hasan El-Horâni colocó al herido en su colchón y lo condujo al jardín, en donde le instaló a la sombra de una arcada, sobre un lecho que había mandado instalar en ese lugar, frente a una fuentecilla de agua susurrante.

– ¡Uf! –suspiró Ibrahim– Alabado sea Dios; ¡por fin respiro aire puro! Dios te bendiga, hermana mía –le dijo, una vez que se hubo instalado confortablemente– Por cierto, ¿sabes de qué tengo ganas?

– Dímelo, mi querido hermano: ¡ojalá pudiera yo dar mi vida por ti y no ver a tus enemigos disfrutar con tus desgracias!

– Escucha, hermana mía, no sé ya ni cuánto tiempo hace que solo me alimento de leche de almendras: estoy completamente empachado, y mi cuerpo no lo tolera más. No puedo estar sin comer carne. Así que, quiero que me escojas un cordero bien gordo, que lo degüelles, lo despieces, enciendas un buen fuego y me lo ases en un espetón: así podré de una vez saciar mi hambre y, si yo muero, moriré satisfecho, en lugar de con la tripa vacía.

– Pero, hermano mío, con lo débil que te encuentras con esas heridas, ¿no es bueno que comas carne! –protestó Fâtmeḥ.

– ¡Vamos, dame ese gusto! Yo invocaré el nombre de mi Señor, comeré agusto, y el resto, lo dejaré en manos de Dios.

Poco convencida, la joven se fue a pedir consejo a su padre.

– Eh, ¡dale lo que le apetezca y no te preocupes de si es bueno o malo para él! De todos modos, su caso es desesperado: aunque le viera con mis propios ojos levantarse y andar, no me lo podría creer. Ya veremos si se cura. Vamos, déjale que coma lo que quiera: al menos no nos quedará el remordimiento de haberle negado su último deseo.

Así que Fâtmeḥ se fue al redil a escoger un corderillo bien gordo, lo tendió en el suelo, lo sangró, despellejó, vació las tripas, lo sazonó y atravesó en un espetón; después encendió una buena hoguera y se puso a asarlo, hasta que estuvo en su punto, bien dorado por todas partes. Mientras tanto, La Canosa se fue a amasar harina y a cocer pan fresco; luego, pusieron una mesa y el cordero en una gran bandeja, que colocaron ante Ibrahim. Éste, acomodó su trasero en la cama, y comenzó a comer. Una vez se hubo terminado un cuarto de cordero y una buena porción de pan, su hermana quiso detenerle.

– ¡Ya es suficiente, hermano mío! En tu estado, es preferible que te quedes con un poco de hambre que atascarte de comida: te aseguro que esto te va a sentar mal.

– Escucha, Fâtmeḥ, ¡déjame en paz! ¡Yo todavía tengo hambre!

Continuó devorando, mientras su hermana no cesaba de decirle:

– ¡Ya basta!

Y él de responder:

– Sólo este pedacito de nada y no sigo.

Pero Ibrahim no se detuvo hasta haberse comido todo el cordero y todo el pan, sin dejar ni una miga: sólo Dios es eterno. Sí; pero, como Ibrahim se había comido un cordero entero, y, además, hacía mucho calor, sin contar con las heridas que, lógicamente, se habían recalentado, ¿os podéis imaginar cómo se sentía Ibrahim!

– ¡Traeme agua, Fâtmeh! –pidió a su hermana.

La joven le trajo un cántaro de agua, y se lo mantuvo inclinado sobre la boca hasta que se la bebió a grandes tragos.

– Es lo que yo me temía –confesó.

– Calla y sigue dándome agua –gruño Ibrahim– Sólo Dios tiene el poder de hacer el bien o el mal.

Pero Ibrahim, que no dejó de beber hasta que hubo saciado su enorme sed, en ese momento se sintió horriblemente oprimido, de tal modo, que apenas si podía respirar. Por otra parte, toda el agua que había bebido comenzó a supurarle abundantemente por las heridas. En fin, que se encontró muy mal, y, fue entonces, cuando tomó una resolución heroica.

– Fâtmeh –le dijo a su hermana–, vete a buscarme los hierros con los que nuestro padre cauteriza sus camellos.

– ¿Y para qué quieres tú ahora eso? –se inquietó ella.

– Tú tráemelos, y luego te explico. He tenido una idea: voy a aplicarme un remedio de kurdo¹. Y, ¡o bien funciona, o estiro la pata y me libero de una vez por todas de esta tortura!

Fâtmeh salió corriendo, y regresó al instante con un montón de hierros para cauterizar.

– Muy bien –le dijo Ibrahim–. Ahora ponlos en el fuego.

La joven obedeció, y cuando los hierros se pusieron al rojo vivo, casi blancos, Ibrahim se despojó de todas sus vestiduras, quedándose desnudo, como el día en que su madre lo trajo al mundo.

– Ahora, escúchame bien, Fâtmeh –prosiguió Ibrahim–. Voy a cauterizarme todas las heridas a las que yo pueda llegar con mis propias manos; pero las que tengo en la espalda, tendrás que cauterizarlas tú; aunque, eso sí, ten mucho cuidado de no quemar la carne muerta, y, sobre todo, no te acerques a la viva.

– Pero, hermano, ¿te das cuenta de lo que me estás pidiendo? –protestó Fâtmeh– ¡Jamás podrás soportar el dolor de un hierro al rojo vivo!

¹ Expresión, más o menos, equivalente a “remedio de caballo”. La cauterización con un hierro al rojo se practicaba normalmente en la medicina tradicional, tanto en Oriente, como en Occidente.

– ¿Cómo que no lo voy a soportar? Si Dios quiere, y me da la fuerza necesaria, yo lo aguantaré sin rechistar.

Hay que recordar que Ibrahim había recibido más de cuarenta heridas en la espalda, y por lo que se cuenta, se las habrían hecho cuando pidió a Saad que le fuera a buscar agua, pues, al tener Saad que abandonar su puesto para bajar hasta el río, los cobardes de los francos aprovecharon esa circunstancia para atacar a Ibrahim por detrás. De no haber sido por eso, se las hubieran visto negras para embestir todos en masa, y jamás habrían podido llegar a rodearle, debido a la protección que Saad le daba, guardándole las espaldas. De ahí, la cantidad de heridas que presentaba Ibrahim por todo su cuerpo.

Entonces, Fâtmech cogió un hierro ardiente, a la vez que Ibrahim agarraba otro, y se pusieron a cauterizar las llagas una tras otra; mientras un horrible olor a putrefacción y a carne quemada se expandía por el aire. Ibrahim soportaba el suplicio sin pestañear; cuando el dolor se le hacía isoportable, se daba valor a sí mismo recitando poemas.

Los dos se emplearon, mano a mano y a fondo, en cauterizar las heridas de Ibrahim, hasta que éste se encontró muy pronto con el cuerpo todo carbonizado como un viejo estropajo renegrido. En ese momento, el León del Horân, vencido por el dolor, perdió el conocimiento. Fâtmech, continuó valientemente con la operación; pero una mujer, por muy intrépida que sea, siempre será una mujer: aplicó el hierro candente sobre una llaga que comenzó a espumear y a hervir, igual que si hubiera echado un carbón ardiente sobre el agua. A la vista de tal espectáculo, comenzó a temblarle la mano, y tocó, sin querer, la carne viva. Reavivado por el tremendo dolor, Ibrahim lanzó un grito inhumano:

– ¡Ahhh! ¡Para, Fâtmech, me estás quemando!

Debatiéndose, dio un golpe violento a su hermana, que cayó al suelo; luego, perdió de nuevo el conocimiento. Aterrorizada, la joven se levantó y, abandonando a Ibrahim desvanecido, se fue de allí a todo correr.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.30 – La intervención de El-Jider